Unas palabras por “Gimena”.

Gimena es una *nouvelle* que puede leerse como ficción biográfica o biografía novelada. También es una crónica, un diario de viajes, y una confesión. Ante todo es literatura testimonial. Un testimonio unipersonal escrito sin afanes retóricos; acaso de a vertiginosos tirones y con la fiebre y el apasionamiento de quien se confiesa sin ocultar nada a nadie ni mucho menos a sí mismo.

Ariel Azor es un contador de historias. Nato. Es también mucho más que eso. Si en los cuentos de *Ácido* sobra la ternura; si en *El bar de los bichos* y en la misma *Gimena,* vibra un tono existencial, un sarcasmo perenne y esa cosa tan mal entendida llamada costumbrismo, el nervio que tan bien mueve los dedos de Azor plasma algo más que olor a calle y a urbe en sus textos. Ese algo más, ese mucho más sugerido es lo que no siempre acertamos a ver bajo sus palabras. Es el testimonio humano ante un mundo abrumado de inhumanidad, que impele al sensible, al lúcido, al humanista, a tomar posición decididamente disidente frente a la injusticia e insensibilidad reinantes.

Azor es un disidente, entonces. No un intelectual de pipa y barba discurseando a Carlos Marx. Ni un agitador trotskista de barba y sin pipa gritando consignas antiliberales. Ariel vibra en una zona intermedia -más sana si se quiere- más genuina. Sin pipa ni barba ni panfletos, pero cargado de un inconformismo visceral que se revuelve de alma contra todo aquello que no puede consentirse así nomás. El desamparo social, las desigualdades, la vida maquinal, o la complacencia de quienes, por el contrario, aceptan las miserias del sistema como parte de un necesario “progreso” que no hemos visto todavía. Y, naturalmente, hay un choque contra estos patriotas del régimen como hay otros inevitables choques frente a esa literatura de salón que cultiva el buen gusto por encima de la realidad y la verdad. En el universo de Azor no hay lugar para estas cortesanías. Sus espacios son las calles despojadas y las tabernas; sus protagonistas: ángeles caídos, filósofos harapientos, prostitutas cansadas. Ahí es donde Azor traza la cartografía que nos guiará hacia la comprensión profunda de una realidad que nos incluye, aunque por pereza creamos que somos meros espectadores, o que la magia o el dolor o las alegrías son cosa de los demás. La escritura, una vez más, oficia como instrumento de conocimiento.

Cierto maestro espiritual afirmó en una ocasión que, aún en los sitios más abyectos queda lugar para la belleza y la beatitud. Rescatar al ser humano de la abyección es casi seguro la misión de Azor en esta vida. Y lo hace con humor, con amor, con ingenio y por medio de una sinceridad que conmueve. Cada uno de sus párrafos es una apuesta por nosotros. Cómo no seguirlo con la mirada.

Vìctor Lowenstein. 29/07/2017.